



excusa para que quien las hace pueda enfatizar su propia respuesta: las preguntas retóricas; cuando el mismo Rivera se dirige a Rajoy y le inquiriere sobre «¿Por qué los españoles, junto con Grecia, somos el país con más paro?», es evidente que lo único que pretende es preparar su respuesta, su propia respuesta, que se enfatiza mediante este recurso.

Al segundo tipo de mecanismos lo hemos denominado enmascaradores. El discurso político está lleno de términos que continuamente adquieren un significado nuevo; son vocablos que se van especializando en designar realidades, bien peyorativas, bien positivas; las primeras se dan en términos como «recorte», «antisistema», «sobresueldo», «línea roja»,

### Los discursos de los cuatro líderes siguieron siendo poco emotivos desde la oralidad

«populismo», etc.; las segundas aparecen cuando con el término se quiere atenuar una idea –lenguaje atenuado– cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante; es el famoso eufemismo, que hallamos en palabras tales como «reformas», «medidas», «ajustes», «racionalización del gasto», «reestructuraciones», etc.

Unos términos podrán ser usados por el poder, otros por la oposición, pero en la mayoría de casos tanto en el lenguaje peyorativo como en el atenuado hay un intento de enmascarar la realidad. ¿Recuerdan cuando la ministra Sáenz de Santamaría dijo aquello de que el copago ya no era ni copago ni repago, sino «un recargo temporal de solidaridad»? Pues eso. Algo parecido en cuanto al enmascaramiento ocurre con otra forma de empleo: el lenguaje vago; se da cuando un político, por motivos que todos podemos



averiguar, habla de una mejora relativa o de una mayor renta disponible o de gradual recuperación del empleo; en estos y otros muchos casos, está diciendo sin decir o sin ganas de decir; tan pocas ganas como cuando se nos afirma que la universidad española cuenta con un gran número de buenos profesores o que la educación sigue siendo manifiestamente mejorable.

Finalmente, estarían los mecanismos arquitectónicos. Los dis-

cursos no son como cajas superpuestas en cada una de las cuales hay un tema distinto (economía, sanidad, vivienda, asuntos exteriores, defensa, etc.), sino que tienen mecanismos que ayudan a hacerlos más ordenados y, en muchas ocasiones, inteligibles; se trata de su arquitectura, de su esqueleto, que hará que tal discurso pueda ser una construcción cerrada, armónica y coherente. Para ello, ha de tener orden en sus partes y entre sus partes. El orden

en cualquier exposición es algo obligado y necesario. Ya Platón, en el Fedro, su diálogo más conocido, se refirió a la organización ordenada y armónica que ha de presidir cualquier discurso; esta se ha de asemejar a la de un ser vivo orgánico, debidamente provisto de cabeza, tronco y extremidades, y con todas sus partes bien proporcionadas y relacionadas entre sí. Esto hace que en los discursos políticos se siga, en general, la estructura denominada

clásica, ya fijada en la oratoria griega; esta dispone lo dicho en tres apartados: presentación, desarrollo y cierre. La duración aproximada de cada una de estas partes es del 10%, 80% y 10%, respectivamente. Bien es verdad que el valor de cada una no suele ser proporcional al tiempo invertido, pues son el inicio y, especialmente, el cierre, las partes en las que se esmeran más tanto los autores de los escritos como los oradores, por motivos obvios.

Ojalá, ante el próximo Acto de investidura y ante próximos debates del estado de la nación, nuestros políticos vayan siendo conscientes de la necesidad de recordar aquel principio de la oratoria clásica según el cual el mejor texto escrito era un mal discurso, un fracasado discurso si fallaba la memoria o la actio, que eran las partes que hacían que ese texto escrito se transformara en un verdadero discurso oral y no quedara, como ocurre en nuestro parlamento, en un mero discurso escrito para ser oralizado. Salvo casos excepcionales, hemos de aceptar que su mentalidad está en las antípodas de los clásicos en cuanto a su concepto de lo que ha de ser una intervención de este tipo. Al menos los primeros espadas no solo deberán ser conscientes de ello, sino practicarlos.

#### ● Luis Cortés Rodríguez.

Catedrático de Lengua Española por la UAL, Cortés Rodríguez es uno de los estudiosos del discurso oral en español, al que ha dedicado media vida desde que se doctorara por la Universidad de Salamanca en 1982 con su tesis sobre la sintaxis del coloquio. Con una veintena de publicaciones sobre el español hablado, en su último libro realiza un análisis sobre el discurso político en los debates sobre el estado de la nación entre 2000 y 2011. Creador de la revista Oralía, Cortés es un firme defensor del andaluz y sus grandes oradores.